

Don Agustín le confió cierta vez á Rodeiro con aire de honda melancolía su mala impresión acerca del futuro de Abelenda en el periodismo. Tenía dos capitales defectos: falta de instinto reporteril y una gran timidez. En los centros oficiales se burlaban de él, dándole noticias absurdas; desconocía en absoluto todo cuanto pudiera relacionarse con la política; las referencias que llevaba al periódico eran siempre vagas y deficientes.

—Y es una pena, ¿sabe?, porque el muchacho no es tonto.

Y cuando Amaro refirió á Sergio el descontento del director, el joven no pudo justificarse. Sin duda, no había nacido para hacer gacetillas. Jamás podría decidirse, por ejemplo, á molestar á un señor, afligido por un incendio en su casa, para interrogarle ante la hoguera desoladora acerca de cuánto impor-

taba el seguro y cuál era la edad de la vieja que se había achicharrado en las boardillas. La inoportunidad del cuestionario se le revelaba tan vivamente que volvía á la redacción sin las notas. Podría ser "falta de instinto reporteril", como afirmaba Rosales, y era, desde luego, timidez, la timidez que en las ciudades cohibe á las gentes del campo. Esto constituía para él frecuentemente motivo de conturbación. Uno de los fracasos á que su cortedad le arrastraba había ocurrido unos días antes en el café Paris. Un domingo, cierto compañero suyo del Bachillerato le había descubierto, entre grandes ponderaciones, á una bailarina que trabajaba en el tal café. Fraguaron una aventura.

—Tú—insinuó el amigo—, con tu carácter de periodista... ¡figúratel..

Y tomaron asiento en una mesa, después de convencerse de que sumaban seis reales las monedas de cobre que guardaban en sus bolsillos.

La bailarina se llamaba Lulú. Lulú es un nombre típico, ligero, de frivolidad, representativo de una época. Cuando queráis penetrar en el espíritu de un siglo, averiguad qué nombres llevaban las mujeres que vivían en él. En las edades heroicas se llamaban Brunequilda, Fredegunda... palabras fragorosas y recias.

Cuando el romanticismo paseaba por los senderos la pluma enhiesta de los trovadores había Isaura y Graziella... La época de misticismo bautizó á muchas Diosdada y Luzdivina. Este siglo comenzó creando á Lulú, y á Fifi, y á Frufrú: lo sutil y lo trivial, la bagatela aterciopelada.

Esta Lulú presentábase embutida en un traje de hombre. Tenía en los ojos oscuros una mirada pecadora, y la corta melena le envolvía el rostro en algún rápido giro del cuerpo sobre sus pies de niña. Sergio asistió á esta revelación deslumbradora con el mismo interino cosquilleo de quien vende el alma al diablo ó del que da el primer mordisco en la fruta del árbol del Bien y del Mal. Tomaban los dos amigos el deplorable café entre un cabo de Artillería que fumaba un cigarro hediendo, y un cochero de punto que escupía en el mármol de la mesa. Á veces el cabo apartaba el puro de la boca para gritar "¡ole!" con el mismo tono con que podría decir "¡marchen!" Y entonces, el cochero, transportado de La Coruña á Triana, se decidía á vociferar:

—¡Tu mare!...

¡Oh! Sergio y su amigo hubiesen dado sus títulos de bachilleres por poder gritar como aquel cabo ó como aquel cochero pervertido!

Pero el mozo del café, próximo á ellos, con su negro traje y su pelo brillador partido pulcramente, les inspiraba un respeto temeroso... Por fin se decidieron á acompañar con los tacones bajo la mesa. Y cuando el camarero les miraba, al acaso, se aquietaban como cuando les miraba en clase el profesor de latín.

Terminado el baile, la mocita saltó del tablado. Fué y vino entre las mesas. El cabo le gritó al pasar su jolel imperativo. La pequeña Lulú se detuvo entonces, ocultas las manos en los bolsillos de su chaqueta:

—¿Convida usted?

El cabo expuso bruscamente su opinión de que debía convidarla su madre. Ella hizo un mohín. Miró después á los dos amigos con su obscuro mirar malicioso y preguntó, sonriente:

—¿Convidáis?

Enrojecieron; sonrieron también, pero con esa sonrisa de los azorados, que sólo dilata un extremo de la boca. Al fin, el camarada de Sergio balbuceó:

—¡Si á usted le gusta el café!...

Mas el cochero agarró á la bailarina por un brazo y la hizo sentar junto á él.

—¡A ver, mozo!...

En la calle detuviéronse los amigos, desesperados:

—¡Mira que si llegamos á tener dos reales

más, nada más que dos reales, lo suficiente para haber quedado bien!...

La consciencia de su apocamiento proporcionaba al joven agudos sobresaltos. Casi todos los días, sobre su carpeta, el implacable don Agustín acumulaba, marcados con lápiz rojo, los recortes de los otros periódicos que contenían relatos de sucesos de los que Abelenda no había tenido ni la sospecha. Esto le producía una constante inquietud. Singularmente Boado, el repórter de *La Independencia*, un joven diminuto, activísimo, conocedor de todas las gentes y por todas las gentes conocido, conmovía sus nervios con su sola presencia. Cuando Sergio lo veía pasar con su paso rápido y menudo, haciendo girar el bastón en grandes círculos, se advertía presa de la angustia. ¡Gran Dios! ¿Qué noticia transcendental había adivinado aquel hombrecillo de azogue? ¿Adónde caminaba? ¿En busca de qué suceso recóndito?... Sergio concluía por seguirlo cautelosamente. De buena gana le hubiese acometido muchas veces para arrebatarle las cuartillas en que le veía trazar rápidas anotaciones. ¡Y cómo envidiaba aquel desenfado con que el rival charlaba con el capitán general, y aquella sencillez con que detenía al

gobernador en la calle, y aquella audacia con que, en la visita hecha por un príncipe á la ciudad, le vió subirse á uno de los automóviles del séquito!... ¡Oh, Boado era su pesadilla constante!... Deseaba arrodillarse ante él con las manos juntas y suplicar, gemebundo y rendido:

—¡Boado, por Dios, no corra usted por las calles, no dé vueltas nerviosas al bastón, no tome notas en sus cuartillas, no tutee usted al inspector de policía, Boado!...

Un día presentáronle en el café á un periodista madrileño que había hecho el largo viaje para servir á su diario una *interview* con *Manazas*, un afamadísimo torero que debía desembarcar, de regreso de América, en la ciudad. El recién llegado estaba radiante porque era el único revistero de la Corte que iba á tener el honor de hablar á Vicente—él llamaba al diestro por su nombre de pila—al pisar tierra española. Comunicó á Abelenda noticias del entusiasmo que el “fenómeno” despertaba en Madrid.

—Es una locura. Mire usted: en un cine se exhibió una película de cierta faena de Vicente en Méjico. Antes aparecía Vicente de paisano, en un café, y hacía así, saludaba y se quitaba el sombrero, sonriente. Bueno, pues... fué un delirio. El público del cine aplaudía y vito-

reaba... Fuera había empellones por entrar... Y es que vale mucho, ¡mucho!... Ese hombre... si no fuese demasiado modesto...

Y preguntó de pronto:

—Aquí se le dará un banquete, ¿no?

Sergio tuvo que responder, con cierta pena:

—No.

—Bien, pero irán comisiones ó algo así, ¿eh?...

Repitió, ya avergonzado:

—No.

—Pero—clamó, sorprendido y colérico, el colega—, ¿no se hará nada?...

Y Sergio, ya francamente consternado:

—¡Nada; ni aun se sabe que va á llegar; ni aun importa que lleguel!...

Se miraron con desolación. Abelenda creyó su deber bajar la vista humildemente.

Meditando después, en su ansia de merecer alguna alabanza de Rosales, decidió Sergio que había llegado la ocasión de lucimiento, y se resolvió á la *interview* con el coloso de la tauromaquia. Cuando fué divisado el trasatlántico, casi de noche ya, embarcó con el periodista madrileño en la lancha de vapor donde ya se acumulaban varias personas: los carabineros, los consignatarios, algún mozo de hotel. El joven indagó anhelosamente y no vió á Boado. Le dió un brinquito de júbilo el cora-

zón. Por esta vez, él le *pisaría* un suceso de importancia al terrible rival... Trepidaba la lancha, avanzando. Casi en la boca de la bahía se detuvo á esperar al monstruo, que mostraba á los lejos las filas de sus luces. De noche ya; con una neblina ligera; velada la luna.

Pasó un vapor de pesca, mirádoles con su ojo verde y su ojo bermejo. Un frío húmedo entumecía á los que esperaban. El trasatlántico seguía aproximándose lentamente. Fondeó, al fin. Acercóse la lancha. En lo alto de la escalera, los ojos atónitos de Sergio descubrieron la figura desmedrada é inquieta de Boado, que había ido á bordo con el personal de Santidad, antes que nadie.

—¿Y Vicente?—gritó, ya en la cubierta, el revistero cortesano—. ¿Dónde está Vicente?

Vicente estaba allí, envuelto en un gabán, calada la gorra de viaje. Lo cercaron. Atisbando entre el colega de Madrid y el rival de *La Independencia*, Sergio pudo ver el largo rostro y las cejas pobladas y la nariz abundante y los abultados labios del ídolo. El ídolo contó que el viaje había sido bueno, que el día de su beneficio le había dado un toro un puntazo y que estaba ansioso de pisar tierra firme. Pero esta última declaración confidencial fué interrumpida por el madrileño; el madrileño

quería saber detalles del puntazo. El diestro explicó:

—Fué al capear el cuarto. Lo quise pasar por delante y se pasó por detrás... Entonces amparé el golpe con una mano... Perdí dos domingos.

Aquello era muy confuso para Abelenda... El fotógrafo llevado á bordo por el revistero intervino para disponer la *pose* del *Manazas*. El hombre de la Corte se apresuró á colocarse junto al torero y aun apoyó una mano en su hombro, con un aire de familiaridad llamado á suscitar la envidia de media España. Surgió el fogonazo del magnesio. Luego marcháronse todos, deslumbrados, tropezando en los baules y las sillas desparramadas sobre cubierta.

En el *fumoir* del buque, mientras el coloso tomaba café, Sergio, que le había seguido y que palpitaba de emoción en aquel *vis-à-vis* ambicionado, se esforzaba por ordenar en su ánimo las preguntas que debía dirigirle. Meditaba en que las ocasiones de hablar con un hombre notable son pocas y es preciso exprimir las. Por algo la Prensa madrileña hacía viajar á sus redactores, y los fotógrafos derrochaban el magnesio, y el público se batía en la Corte á la puerta de un "cine" para ver proyectada aquella faz tosca, como hecha á puñetazos, y admirar en ella una sonrisa de la enor-

me boca de labios callosos. Sergio sospechaba que tenía ante sí la *interview* sensacional con que enloquecer á los mil setecientos noventa lectores de *El Avance*. Pero no acertaba... Preguntó una vez, con el tono de quien pregunta por la familia de su interlocutor:

—¿Y los toros?

—Bien... Unos buenos, otros malos... De todo.

Abelenda sonrió, como si esta declaración le desentrañase un misterio. Intentó el aspecto internacional.

—¿Cómo andan las cosas en Méjico?

El *Manazas* encendió un cigarro, puso la caja de cerillas sobre la mesa y el puro sobre la caja. Después revolvió el azúcar en el vaso. Murmuró:

—¡Muy mal, muy mal!... ¡Aquella revolución, amigo!...

Y se consagró á beber el café. Sergio le vió alargar los labios, en la succión, como si quisiese llegar al fondo, y miró luego cómo la prominente nuez del torero se agitaba en la garganta, en un goloso subir y bajar, con un ruidillo de contentamiento. El *Manazas* dijo después:

—El día que llegamos á la Habana hicieron volar los restos del *Maine*.

Sergio se animó.

—Se puede hablar de su emoción al ver cómo desaparecían esos gloriosos recuerdos, ¿eh?

Y el *Manazas*, recapacitando, concedió:

—Bueno.

Abrióse otra pausa. Sergio mordía el lápiz, interiormente desesperado por no saber hacia qué asunto dirigir sus inquisiciones. Iba á abrir la boca para preguntar al ídolo qué color prefería y cuál era su autor predilecto, cuando Vicente se levantó. ¡Diablo!... Ahora recordaba que debía afeitarse. Desde otra mesa, donde apuraba un *cok-tail*, el revistero madrileño, temeroso de separarse del *Manazas*, gritó:

—¿Adónde va el astro?

Y cuando el astro explicó, meneó el revistero la cabeza, y lo vió marchar, con mirada cariñosa.

“¡Oh—se leía en aquel mirar—, con qué estremecimiento de veneración tocará el peluquero de á bordo ese coletal!... Con qué voz respetuosa y temblona detendrá un momento la navaja para preguntar: ¿Lastima, maestro?“...

Las cuartillas en que Abelenda consignó, tras grandes sudores, la *interview* con *Manazas*, no tuvieron éxito. Rosales las rasgó, desdenoso:

—Esto no importa á nadie aquí. Haga simplemente una gacetilla.

Y aún tuvo una crueldad. Al pie de las tres líneas en que se daba cuenta del regreso del astro, puso el notable polemista uno de sus rotundos comentarios lacónicos:

“¡Bien pudo quedarse!”

Decía así: “¡Bien pudo quedarse!” Sergio, desolado, pensó en que si alguna vez llegaba á encontrarse con el *Manazas*, era hombre muerto.

XVII

Con una alegría que se vislumbraba al través de aquella su apacibilidad constante, Volvoretta le anunció, mientras paseaban por los andenes, cerca del océano amansado ya, dormido en la dulzura de las primeras noches primaverales:

—Mañana entraré á servir en casa de los Acevedo.

Refirió muy prolijamente las preguntas que le había hecho la señora, el aspecto del comedor, con sus bandejas de plata por las paredes, el susto que había sentido ante un terrible perrazo que vió en el vestíbulo, y que resultó ser de cartón piedra... Toda la casa era señorial. La habían admitido para doncella de la señorita Luisa, y afirmaba ahora que no podía haber encontrado una ocupación mejor en todo el pueblo.

Callaba el joven, oyéndola, internamente

roído por aquella celosa prevención contra el bajo oficio de la novia. Inquirió, al fin, malhumorado:

—Y ahora, ¿cómo hemos de hacer?

Federica no podía aún decírselo. Era necesario esperar, conocer las costumbres de la casa, saber los días en que habían de permitirle salir...

—Tú escíbeme.

Sergio no escribió. Espiaba la puerta de los Acevedo y podía ver alguna vez á su amada, vestida de nuevo de pies á cabeza, airosa, gentil, notoriamente satisfecha al lado de la lujosa Luisa. Cuando, inopinadamente, se cruzaban, Sergio solía saludar con un rendimiento cortés, al que la señorita contestaba apenas con un leve movimiento de sus ojos más que de su cabeza. Federica mirábale rápidamente, y nada más. El primer domingo, Sergio hubo de soportar el copioso relato de todas las costumbres y peculiaridades de la casa, y la referencia minuciosa de un viaje que Volvoretta había hecho en el automóvil, al lado del *chauffeur*, desde la calle donde vivían hasta la cochera, que estaba doscientos metros más allá. Y todo con una hiperbólica alabanza: la señora, un alma de Dios que se detenía muchas veces á charlar con ella; la señorita, un ángel que ya le había regalado un montón de

puntillas y ropa blanca casi sin usar: ¡como tenían la misma estatural... Ropas de hilo, finísimas... Precisamente llevaba puestos unos pantalones que... en su vida había soñado...

En los días de la segunda semana Sergio advirtió que Luisa no contestaba ya, ni con los ojos, á su saludo. Volvoretta, en cambio, se permitía sonreír para él y aun murmuraba un adiós sin el antiguo recato. El nuevo domingo llegó, y mientras el joven paseaba en espera de la salida de la moza, como alzase los ojos á los balcones, vió á la señora de Acevedo, que le hizo amablemente la insinuación de subir, varias veces repetida, porque Sergio, entre receloso y admirado, no obedeció á las primeras indicaciones.

Mientras ascendía por la escalera pensaba él que quizás fuese llamado para hacerle oír una reprensión por sus amores con Federica. Pero ya en el comedor, ante el gesto sonriente y la melosidad de la señora de Acevedo, se aminoraron sus temores. Sin embargo, la presencia de Luisa, sentada con cierto abandono junto al balcón, y también la de Volvoretta, endomingada ya, de pie, medio oculta tras una cortina, en una actitud pudorosa, conservaron viva la inquietud de Abelenda.

La de Acevedo le observaba al través de sus impertinentes de mango de concha. Le in-

terrogó con su voz atiplada é insinuante, que repetía monótonamente las palabras:

—¿Y usted es de allá, de la Gándara? ¿No es eso?... ¿De una familia de la Gándara?...

—Sí, señora; de la familia de Abelenda.

—¡Vaya, sí; ya sé: de la familia de Abelenda!... Y ¿qué tal? ¿bien?... ¿su familia, bien?...

—Bien, sí, señora.

Daba vueltas al sombrero. La mujer no dejaba de observarle con una curiosidad escrupulosa:

—Claro; la familia, bien... Naturalmente... Pues me alegro, hombre...

Conociase que hablaba sin pensar sus frases. De pronto se volvió hacia Luisa, para exclamar:

—No comprendo por qué decías tú que yo le conocía. En mi vida he visto á este joven.

Luisa calló. Sergio, sin comprender nada de lo que ocurría, explicó:

—He tenido el gusto de saludar á ustedes en casa de don Manuel del Souto.

La de Acevedo volvió á alzar los impertinentes como si le fuesen precisos para mirar al pasado. Recordó, ó fingió recordar:

—Sí... sí... La Cruz del Souto... En efecto... Muy bien.

Y sin transición, pero acentuando más aún la empalagosa dulzura de su acento:

—¿De modo que usted es el que está tan enamorado de Federica?

La inopinada pregunta y aquel ponderativo adverbio con que aparecía admirativamente agigantada su condición de amator, le hicieron enrojecer bruscamente. No se atrevió á mirar á Volvoreta, que, turbada asimismo por el rubor, enrollaba la cortina entre sus manos casi hasta hacer de ella una cuerda. La señora continuó:

—Ya me dijo ella que usted tiene muy buenos propósitos y que piensa casarse en seguida... ¿cuándo piensa usted casarse?...

Las mejillas de Sergio se pusieron al rojo cereza. Sentía sobre él un enorme ridículo, y aquel desdén con que Luisa continuaba mirando á la calle le hacía más daño que si se hubiese reído de él. Quiso negar, y dirigió una ojeada á Volvoreta, que continuaba retorciendo la cortina, sonrosada y riente, clavados en él los cándidos ojos color de mar. Le faltó valor para desmentirla. Balbuceó:

—¿Casarnos?... pues... no sé....

Entonces la de Acevedo le dirigió un discurso conmovedor, para explicar su ingerencia. Ella era siempre como una madre para la servidumbre de su casa. La bondad de su corazón se vertía especialmente sobre Federica, joven, hermosa y desamparada. Por eso había

querido conocer detalles del noviazgo, para impedirlo si llegaba á sospechar de su recitud. Pero Sergio le agradaba, le parecía "un muchachito bien educado". (Al llegar á este punto se interrumpió para advertir á Volvoreta que la cortina no podría soportar por más tiempo aquella tortura.) Exhortó al joven para que se convenciese de que la verdadera riqueza está en el espíritu, y añadió que aunque Federica no tuviese más que dos ferrados de tierra en Dumbría, sus condiciones de mujer trabajadora, honrada y obediente hacían de ella un partido ventajoso para un hombre sensato. Para terminar ofrecióse generosamente á ser madrina de boda, y declaró su satisfacción porque Sergio quisiese de tan pura y noble manera á la criada.

Volvoreta, radiante, se creyó en el caso de intervenir con mimo:

—¡Boh!... Lo que él tiene es zalamería y nada más...

Sergio desfallecía, agobiado por la sensación del ridículo. En la calle sintió pesar sobre él la mirada de la de Acevedo, asomada nuevamente al balcón para verlos marchar. Federica intentó ofrecer á su señora el espectáculo de sus ternuras y dió un pellizco en un brazo á su novio. Pero Sergio rugió sordamente y le respondió con un empujón.

Enteróse Abelenda aquella tarde de que la infatigable curiosidad de la mujer del banquero había obtenido de la vanidosa locuacidad de Volvoreta abundantes revelaciones de sus amoríos. Hasta aquellas cartas de los primeros días, trazadas bajo la inspiración del lírico incendio en que el enamorado se consumía, fueron puestas en manos de la de Acevedo.

—Las leyó y dijo que eras muy listo—le confesó, satisfecha, la moza.

Desde entonces la intervención de la dama en el noviazgo fué constante. Un día le mandó por conducto de Volvoreta un ejemplar de *Los tres mosqueteros*, "porque como se dedicaba al periodismo, le convenía conocer los buenos modelos para saber escribir". Otro día, la señora insinuó su disgusto porque Sergio perteneciese á la redacción de un diario radical que no publicaba "Ecos de Sociedad" y que ponía comentarios impíos á los sermones de Semana Santa. Cierta domingo en que Volvoreta no pudo salir encontró el joven en la fonda una carta concisa en la que se citaban varios refranes que convenían en demostrar cómo el deber es primero que el amor y cómo Dios ve con agrado á las jóvenes que prescinden del deleite de pasear con sus novios para atender á las ocupaciones caseras. La letra y el estilo no eran los de la moza. La

de Acevedo intentó conseguir que Volvoretta consagrara las horas libres á asistir á las escuelas dominicales, para que pudiese ser una digna esposa con rudimentos ortográficos. Pero Sergio se opuso, ardiente en ira, contra aquella tutela que sólo le proporcionaba el placer un poco perverso de admirar los amplios pantalones y las tenues camisas de la hija de los Acevedo junto á las carnes firmes de Volvoretta.

Al cabo de dos meses la situación tomó de pronto un rumbo distinto. Federica anunció sus propósitos de abandonar la casa de sus amos. Sergio supo que cierta señora, ligada á Volvoretta por un parentesco remoto, había llegado de América y se quedaría á vivir en la ciudad. Federica, llamada á su lado, recibiría de ella una consideración filial. Se había acabado la esclavitud. Insinuó hasta la posibilidad de heredarla. Y todo esto mereció de su novio una aprobación sin reparos.

Trasladóse la joven á su nueva vivienda. Era una casita limpia y de construcción reciente; pero pequeña y humilde, enclavada en una calle del arrabal eternamente sola. Sergio había logrado permiso para ir por las tardes, hasta el anochecer, á conversar con Volvoretta á la que la anciana daba el nombre de sobrina y un trato hasta tal punto cariñoso, que más

parecía ser la moza la que mandase. Servíalas una mujer de la vecindad, que no dormía en la casa, y la vieja no vigilaba jamás las conversaciones de los enamorados, aunque, por síntomas diversos, no parecía distinguir considerablemente á Sergio Abelenda.

Federica era feliz con su cambio de fortuna. Poco á poco advertíanse en ella refinados progresos: se cortaba las uñas en pico, y el olor á romero de sus carnes había sido derrotado por el olor á violeta de un bote de perfume de escaso precio. Su dormitorio era en los primeros días un lugar de estupefacción, donde la vista caminaba de sorpresa en sorpresa. Cerca de la cama — demasiado grande para servicio de una soltera — había hecho colocar un aparador de pino, porque tenía un espejo que ella quería utilizar en su tocado. Una enorme lámpara con muchas arandelas y brazos retorcidos pendía sobre la cama... Sergio no comprendía cómo se pudiese dormir allí sin la pesadilla de morir aplastado por un desprendimiento. La pared estaba cubierta de litografías arbitrarias. Sobre la cabecera del lecho, un cuadro exhibía la visión simbólica de una balanza, uno de cuyos platillos tocaba el cielo resplandeciente, llevando la dulce carga de los bienaventurados, mientras que el otro, donde se hacinaban los pecadores, des-

cendía hasta el pavoroso y ennegrecido antro infernal, donde unos cuantos demonios bailaban contentos ante la copiosa remesa. La mano de Dios, entre nubes esplendorosas, sostenía la balanza. Cerca de la estampa simbólica, igualmente encerrada en un marco obscuro y sutil, otra litografía suavizaba la honda impresión que la anterior pudiera dejar en el espíritu, solazando los ojos con el espectáculo de unas perdices muertas junto á un besugo, al frondoso amparo de una coliflor depositada junto á sus suculentos cadáveres como una ofrenda lírica. En otro cuadro, un cazador besaba á una pastora. En otro podía admirarse la escala de las categorías, desde el labrador —“Yo mantengo á todos”—hasta el Papa—“Yo rezo por todos”—, muy solemne, con dos dedos erguidos para bendecir.

Todo este desorden provocado por el afán de Volvoreta de acumular junto á sí las riquezas del modesto mobiliario fué siendo corregido poco á poco por una mano misteriosa. El aparador y la lámpara pasaron al comedor; luego aparecieron en el pasillo los cuadros eclógicos. En el techo de la alcoba fijóse un farolón de cristales rosados que daban una voluptuosa luz. Y un día Volvoreta mostró á su novio, emocionada como ante un suceso que cambiase el curso de su vida, un

amplio baño de cinc colocado en un cuarto interior, sobre un trozo de linoleum.

Sergio pudo observar cómo en el alma de Volvoreta se despertaba—quizás por el fenómeno de su liberación—una fuerte antipatía contra las de Acevedo. Le hablaba de ellas largamente y sin que nada provocase el tema. Diríase que estaba rencorosamente poseída por la obsesión de sus últimas amas. Sergio supo que la señora tenía los dientes postizos y que en su juventud había sido modista de sombreros. Se enteró también de que usaba medias de goma porque padecía várices, y de que su edad excedía en cinco años á la de su marido. En cuanto á Luisa, era una criatura insubstancial, llena de orgullo, que, aunque supiese disimularlo, se parecía por los hombres.

—Á mí me odiaba—dijo un día—porque cuando íbamos juntas por la calle me miraban más que á ella. ¿Te gusta esa mujer?...

Sergio opinó:

—Vales tú más, naturalmente; pero... vamos... no es fea.

Federica hizo un mohín. Concedió que, en efecto, algo valía; pero la acusó de tener los pechos muy blandos.

Después contó:

—Á ti no te quería bien. Una vez, al pasar

tú, dijo á sus amigas: "Ése es el novio de mi criada".

—¿Dijo así?

—¡Y con un desprecio!... Yo estuve á punto de protestar... Porque eso de llamarle á una "criada"... aunque una esté á servir, que bastante desgracia es... "Criadas" son las escobas... No sé cómo la he podido soportar durante esos dos meses...

Desde aquella charla, Sergio compartía la indignación de su novia contra Luisa. Y más de una vez, cuando sus manos acariciaban sobre Volvoretta las sutiles camisas ó los holgados pantalones de la hermosa hija del banquero, saboreaba voluptuosamente con los ojos cerrados el placer de una dulce venganza...

XVIII

La redacción de *El Avance* tenía en las primeras horas de la noche una animación de casino. En el despacho del director reuníanse siempre varios personajes, accionistas del periódico ó ligados á él por afinidad de opiniones, y se comentaba muchas veces la vida de los convecinos y alguna vez los altos problemas nacionales. El mozo del café entraba con refrescos y licores. Y al oír el anunciador tintineo de las copas en la bandeja, Prego alzaba el pálido rostro de las cuartillas, miraba á Sergio y á Muñiz y decía todas las noches, indicando con un movimiento de cabeza el cuarto de Rosales, donde penetraba el camarero:

—Y á nosotros que nos parta un rayo... ¡Vaya una democracial!...

Á la una el último visitante se había marchado ya. Pendientes tan sólo de las noticias